

y desechados por los que se habian quedado en las diversas provincias.

Escluyólos formalmente de su comunión Gregorio, obispo de Elvira en España, y por ello fué elogiado por Eusebio Vercelesense (1). Reuniéronse en Paris los obispos galos que asistieron á este desgraciado Concilio, y manifestaron el fraude que se habia usado para hacerles suprimir la palabra *Consubstancial* y toda espresion formal de substancia. Por una resolucion unánime de las provincias de Italia, los obispos de este pais se declararon en contra de todo lo que últimamente se habia hecho en Rimini. El Papa Liberio, desplegando todo su celo por la sana doctrina, se mostraba á su frente como digno sucesor del Apóstol encargado de confirmar en la fé á sus hermanos. Asi nos lo dice él mismo en una epístola, donde añade que los ortodoxos, engañados por las maquinaciones de Sirmio, consumadas en Rimini, pero casi todos convertidos á su deber, rendian valerosamente homenaje al Concilio de Nicea, y se declaraban con tanta mas fuerza contra el arrianismo, cuanto habian conocido mejor su perfidia.

El Concilio de Seleucia, que formaba como una parte del de Rimini, se habia tenido en el mismo año de 359. Envió tambien el emperador oficiales poderosos y seguros para ejecutar sus miras. Halláronse en él ciento y sesenta obispos de tres diferentes partidos; esto es, los que desecharon simplemente el término *Consubstancial*, que eran los mas; los que no querian abandonar esta única salvaguardia de la fé, que eran los menos; y en fin, los anomeos ó puros arrianos, que eran unos cuarenta, los cuales no admitian ni la igualdad ni la semejanza de substancia entre las

(1) Libell. Marcel. et Faust. pag. 34; Hilar. Fragm. 11.

divinas Personas. No dejaban de ser católicos en el fondo muchos de los primeros, aunque llamados comunmente semiarrianos. Creían toda la doctrina de la consubstancialidad, y solo se abstentaban de la famosa espresion de los Padres de Nicea por un amor mal-entendido de la paz y de la concordia. De ellos los principales eran Jorge de Laodicea, Eleusio de Ciceo, Silvano de Tarso, Macedonio de Constantinopla, Basilio de Ancira, y Eustacio de Sebaste. A la cabeza de los anomeos estaban Acacio de Cesarea, de donde se llamaron muchas veces acacianos; Eudocio de Antioquia, con los famosos diáconos Aecio y Eunomio; Uranio de Tiro, y Jorge de Alejandria. Entre los católicos decididos é irrepreensibles, la mayor parte eran egipcios y muy adictos á San Atanasio.

Estuvo en este Concilio San Hilario de Poitiers por una disposicion visible de la Providencia. Estando desterrado en Frigia, parecia que necesitaba de una orden particular para poder ir á Seleucia, ciudad de Isauria. Sin embargo, por la orden general de enviar á él todos los obispos, el gobernador de la provincia le hizo partir como á todos los Orientales; y ya fuese por curiosidad de parte de ellos, ya por estimacion del mérito de Hilario, ello es que le recibieron muy bien. Informáronse de él largamente y con el mayor cuidado acerca de la creencia de sus compatriotas, porque los arrianos acusaban de sabelianismo, ó de no reconocer sino con palabras la Trinidad de las divinas Personas, á cuantos no opinaban como ellos. Hizo Hilario una estensa confesion de su fé, demostró su perfecta conformidad con la de Nicea, y testificó que la creencia general de los occidentales, tanto de las Galias como de las otras provincias, no era diversa de la suya. Asi pues fué admitido á la comunión de los obispos de Oriente y recibido en su Concilio.

Mas al principio hubo alguna dificultad

en saber si se comenzaria por la denuncia de los culpables, ó por el exámen de las cuestiones de fé. No poseía bastante ingenio el emperador Constanzo para dirigir los Concilios; daba muchas órdenes, pero esta misma multitud de ellas causaba confusion, y tambien sus cartas escritas de un modo equivoco parecian prescribir ya una cosa, ya otra. En fin, se principió por el dogma. El impio y presuntuoso Acacio, no se valió de disimulo ni fingimiento, sino que desechó osadamente el simbolo de Nicea, y no queria oír hablar ni de igualdad ni de semejanza de naturaleza entre el Padre y el Hijo; sostuvo con pertinacia que no podia haber generacion en la Divinidad, que el origen del Hijo no era otro que su creacion, que su ser procedia de la nada, y en una palabra, que Jesucristo no era sino una criatura. A estas blasfemias añadió la secta con la mayor desfachatez las que muchas veces habian alarmado al pudor y á la piedad en boca de Eudocio de Antioquia; como, por ejemplo, que si Dios tenia un Hijo, era necesario tambien que tuviese una muger, y otras mil chanzonetas despreciables y vergonzosas blasfemias que los impios de todos tiempos han sustituido con tanta complacencia á la casta gravedad del lenguaje de los Padres y de la Escritura.

Estremeciáanse de horror todos los ortodoxos, y hasta los macedonianos ó semiarrianos, con San Hilario que lo cuenta (4). «Infeliz de mí, dice este santo doctor, cuyos oidos ofendieron tales impiedades.» Resonaba todo el Concilio con quejas que duraron hasta la tarde. Antes de separarse propuso Silvano de Tarso adoptar la célebre esposicion de fé de Antioquia, llamada de la Dedicacion, que establecia la semejanza de naturaleza ó de substancia entre el Hijo y el Padre, pero que no esplicaba su

consustancialidad, ni consuficiente claridad la divinidad de Jesucristo. Como la mayor parte de los obispos de Seleucia pensaban ó hablaban como semiarrianos, aplaudieron la proposicion del obispo de Tarso y suscribieron al simbolo de Antioquia. Acacio y sus secuaces protestaron y se retiraron del Concilio.

Hubo otras tres sesiones, en las cuales los acacianos hicieron nuevas tentativas, mas siempre infructuosamente; despues de lo cual, abandonaron el campo á los semiarrianos, que con algunos católicos condenaron la impiedad del arrianismo puro y de sus fautores. Despues de las citaciones acostumbradas y de los plazos necesarios, se pronunció sentencia de deposicion contra Acacio de Cesarea, en Palestina; Eudocio, patriarca de Antioquia; Jorge de Alejandria; Uranio de Tiro y algunos otros menos célebres.

Esto es lo mas interesante que ocurrió en los Concilios de Rimini y Seleucia, que fueron los dos grandes escándalos de la Iglesia. Los enemigos de esta no triunfaron en ellos sino porque la intrusion de la potestad secular en estos Concilios produjo con artificios y violencias la infraccion de las reglas consagradas por el uso uniforme de todos los siglos. El apoyo de la potestad secular envalentonó al arrianismo. No conociendo ya limites en sus orgullosas pretensiones y zapando el cristianismo por sus cimientos, acabó por amenazar á la Iglesia con su completa destruccion; pero no podia triunfar, porque Jesucristo que es el fundador de esta Iglesia santa, la habia prometido que las puertas del infierno no prevalecerian contra ella.

San Atanasio en su tratado de los *Sinodos*, escrito, ó á lo menos publicado con este motivo, llama á la asamblea de Rimini no Concilio, sino novedades de Rimini; y efectivamente es bien cierto que no fué ya una

(4) Hilar. cont. Const. lib. 4, num. 13.

junta canónica, arreglada al espíritu y prácticas de los Apóstoles y capaz de representar la Iglesia. Desde que se le privó de libertad, se destruyó precisamente lo que ella acababa de decidir procediendo conforme á las leyes y usos de la antigüedad. No puede contradecirse á sí mismo el Espíritu Santo; y si de las dos decisiones contradictorias debemos atribuirle alguna, no será por cierto la que arrancada violentamente oscureció en algun modo la fé constante y universal de las iglesias estendidas por todo el mundo cristiano.

Por triste y deplorable que haya sido la conducta de los Padres de Rimini, sus últimas disposiciones no sustituían inevitablemente el error á las verdades católicas; y los fieles que vivían en los malhadados dias de este Concilio no podían con este motivo caer en el arrianismo sino por su propia culpa; es decir, que en estas fatales circunstancias no se podía errar sino voluntariamente y de mala fé. Porque efectivamente, los obispos juntos no proponían, á pesar de su prevaricación, una doctrina hereética; antes al contrario, todos, exceptuando los puros arrianos que componían el menor número, estaban acordes esteriormente en el dogma y la enseñanza pública que era conforme á la fé antigua; y si su confesion pecaba por su insuficiencia, este mismo defecto duró poco, ó á lo menos fué corregido tan luego como los hereges se sirvieron de él y llegó á ser positivo el riesgo de la seduccion. Entonces los Padres que se habian dejado sorprender, testificaron su dolor y reprobaron altamente el nuevo sentido que los de la cábala daban á la fórmula que habian firmado, así como tambien las consecuencias que sacaban de sus firmas.

El Sumo Pontífice, á quien pertenece publicar los decretos de los Concilios, se opuso á la publicacion de estos, y se opuso en nombre de su primacia y de la plenitud de

su potestad. Los sucesores de los Apóstoles reconocieron la voz de Pedro, y se reunieron á su cabeza sin exceptuar aun los que el enemigo habia estraviado con sus ardidés y estratagemas. Liberio escribió á todas partes inculcando mas que nunca el respeto debido á las decisiones de Nicea; y para usar de las espresiones de Siricio, su contemporáneo y su sucesor casi inmediato, anuló de todo punto y sin respetos humanos el Concilio de Rimini (1). La multitud de los obispos condenó tambien del mismo modo en sus respectivas provincias las indignas condescendencias de sus cobardés compañeros: reuniéronse por metrópolis ó se escribieron unos á otros, é instruyeron á sus ovejas para evitar ó prevenir el escándalo y restablecer la sana doctrina en todo su esplendor. Por otra parte, los pueblos estaban generalmente adictos á la verdadera fé, aun en las diócesis gobernadas por preladés arrianos. Nada prueba mejor estas felices disposiciones que las sutilezas y equívocos que aquellos falsos pastores se vieron en la precision de usar continuamente en sus innovaciones. Respecto á la condenacion de las fórmulas arrianas, hecha entonces por crecidísimo número de obispos en toda la estension de la Iglesia, se halla espresa y uniformemente atestiguada por Lucifero de Cagliari, por San Hilario, por San Atanasio, y por todos los autores mas respetables. Así pues, aun cuando los preladés seducidos y sorprendidos en Rimini no hubieran reparado con tanta ventaja el escándalo de su credulidad ó de su condescendencia, ¿qué son cuatrocientos ni aun seiscientos obispos, incluyendo los de Seleucia, en comparacion de todas las sillas episcopales de esta primera edad? Cuentan muchos millares de ellas los escritores mejor instruidos; y sin hacinar aquí autorida-

(1) Ep. ad Episc. an. 289.

des, el sexto Cánón de Sárdica, que veda ordenar un obispo para una aldea ó una villa tan pequeña que baste en ella un solo sacerdote, da á conocer bien cuán crecidísimo era en aquellos tiempos antiguos el número de preladés.

Examínese despreocupadamente el verdadero estado de las cosas. Cuando se habla del cuerpo del episcopado, no se trata de los obispos separados por la heregia ó por el cisma consumado; así como hoy no contamos en el cuerpo de la Iglesia docente, los obispos cismáticos de la Grecia, ni á los obispos hereges de Inglaterra; así tambien, tratándose del tiempo del arrianismo, debemos reducir el cálculo ó cuenta de los miembros del episcopado á los preladés católicos, es decir, á los que no eran ni hereges ni cismáticos notorios; y para no omitir nada y para que el cálculo sea exacto, es indispensable tambien contar en el episcopado á los preladés ortodoxos espulsados de sus sillas, y escluir de esa cuenta á los usurpadores. Sentado todo esto, ¿cuánto mayor no era el número de los obispos que profesaban la sana doctrina que el de todos sus enemigos declarados y el de los que parecían haberla desconocido? Si algunos escritores interesados en reducir al mas corto número la profesion de la fé, se complacieron en exagerar esta triste desercion, y si á los débiles obispos de Rimini asocian tambien otros muchos que los imitaron en diferentes provincias, no es menos cierto segun todas las historias que la seduccion no fué sino sucesiva, y que en cualquier tiempo que se pueda señalar, excede muchísimo el número de pastores que profesaban la verdad al de los prevaricadores. Nunca, nunca el protector adorable de la Iglesia permitió en ella nubes capaces de oscurecer el caracter divino de su visibilidad, y sus mas terribles pruebas fueron muchas veces el principio de sus mas felices triunfos.

En efecto, las divisiones que los Concilios de Rimini y Seleucia suscitaron entre sus enemigos, la proporcionaron una ventaja inestimable. Los semiarrianos habian concebido la aversion mas viva contra los puros arrianos. Despues de haber pronunciado contra ellos muchas sentencias de deposicion, creyéronse obligados á darles sucesores y hacer que se ejecutasen en toda su estension las disposiciones de Seleucia; mas no lo consiguieron. De los hereges depuestos, algunos volvieron á sus iglesias sin formalidad alguna, y otros llevaron sus quejas á Constantinopla. El osado Acacio condujo allí, aunque no sin trabajo, al patriarca Eudocio, con cuya pusilanimidad natural tuvo todavia que combatir por mucho tiempo.

Por otra parte, sus rivales enviaron diez diputados á Constanzo para informarle de lo ocurrido en Seleucia, segun las órdenes que habia dado á los dos Concilios de Oriente y Occidente. Basilio de Ancira, gefe de esta diputacion, llevó consigo á Eustacio de Sebaste, Eleusio de Ciceo y Silvano de Tarso. Habiales precedido Acacio con Eudocio, á quien acompañaban Aecio y Eunomio. Hallaron á los eunucos del palacio, que dominaban el emperador, adictos siempre como ellos á lo mas impío del arrianismo y no desconfiaron de tomar otra vez su primer ascendiente sobre el espíritu inconstante de este príncipe. Sin embargo, el obispo de Ancira pidió justicia contra las blasfemias de Eudocio, al cual por envidia y emulacion le acusó con preferencia á Acacio que era el alma del partido. Eustacio de Sebaste lo apoyó y se estendió fuertemente sobre la manera con que Eudocio queria resucitar las impiedades mas monstruosas de Arrio; y para no dejar duda alguna, propuso que se leyese la confesion de fé de este patriarca sin principios y sin moderacion en sus accesos fanáticos: El emperador convino en oírle, y mostró tanto horror como sorpresa

al oír la lectura de las blasfemias que en ella se vomitaban contra el Verbo encarnado, viéndose poseídos de la misma indignacion todos los oyentes. Constanzo preguntó á Eudósio si era autor de esa confesion detestable. Disimuló y dijo que era de Aecio. Mandósele venir á este, y como no sabia el estado del asunto, declaró sin rodeos ser autor de esta pieza impia. Arrojóle el emperador ignominiosamente de su presencia, y dió orden para confinarle. Eudósio entonces, temiendo sufrir la misma suerte, anatematizó este detestable escrito.

Tal era la crisis en que estaba el partido de los anomeos cuando llegaron á Constantinopla los últimos diputados de Rimini. Su fé era en el fondo la misma que la de los arrianos, acacianos ó anomeos, aunque se esplicaban con mas reserva, y se reunieron con ellos; mas les hicieron persuadirse de la necesidad de admitir algunas modificaciones. Por esto los acacianos, satisfechos de que los occidentales hubiesen abandonado en Rimini la palabra *substancia*, adoptaron sin mas dificultad la fórmula de este Concilio. Creyó el emperador haberlo compuesto todo con una reunion que era obra de un interés del momento y sin concordia ninguna en los ánimos. Tratando, pues, según las formas de la administracion temporal estos sagrados y delicados asuntos para los cuales no tenia mision ni capacidad, procedió del modo mas coactivo á hacer firmar la confesion de Rimini á todos los obispos que á la sazón estaban en Constantinopla (1). Rehusaron firmarla con valor Silvano de Tarso y Eleusio de Ciceo, por decirse en ella precisamente que el Hijo era semejante al Padre, sin mentar la substancia, y algunos aseguran que estos obispos, semiarrianos hasta

(1) Hieronym. *Chron.* an. 361; Gregor. Nazian. *Orat.* 2.

entonces, se convirtieron inmediatamente con sinceridad.

Prevalciendo de este modo los acacianos, tuvieron el año de 360 en Constantinopla otro Concilio para anular todo lo hecho en el de Seleucia. San Hilario estaba en la ciudad imperial, donde habia acompañado á los diputados orientales para saber lo que el emperador disponia acerca de su persona. Vivamente alarmado á vista del riesgo inminente de la fé, presentó un memorial al emperador, en el cual al principio trata de la injusticia hecha al santo obispo, desterrándole, y ofrecia confundir al autor de ello, esto es, á Saturnino de Arlés, que tambien estaba en Constantinopla; mas esto solo era un medio de que se valió el santo doctor para tratar de los intereses de la Iglesia, que le eran infinitamente mas apreciados que los de su persona. Con efecto, dice á Constanzo: «me oireis sobre mi destierro cuándo y de la manera que gustéis; por ahora paso á hablaros de un negocio de mucha mayor importancia. Consternado á vista del riesgo en que veo al mundo cristiano, y temblando de una parte por mi propia salvacion, temeroso de los castigos del cielo, de los que es merecedor el culpable silencio de un obispo; y otra parte, temiendo tambien, y mucho mas, por la salvacion de vuestra magestad y de todo vuestro imperio, vengo á anunciaros la fé que quereis aprender de los obispos, y en la cual nadie tiene valor para instruirlos. Porque no se debe tomar por doctrina invariable de la Iglesia la multiplicidad de esas fórmulas que varian todos los dias. Estas mismas variaciones prueban invenciblemente que no es esa la verdadera fé. Esta, principe, es la fé de las circunstancias y de la política, no la del Evangelio. Desde el Concilio de Nicea, los obispos en quienes depositais vuestra confianza, no hacen otra cosa que componer símbolos,

¿Cuánto no ha variado entre ellos la fé del último año? ¿qué digo? Todos los años, todos los meses publican nuevas profesiones (a); y mientras inventan palabras, y disputan sobre el sentido, y el uno anatematiza al otro, y se acaloran los ánimos, y se llenan de amargura, casi todos han perdido la fé y la caridad de Jesucristo (1).» Así y aun mas estensamente insistia el santo doctor en esta acusacion de inestabilidad, acusacion la mas capaz de confundir las novedades heréticas en todas las edades.

Por este mismo tiempo, esto es, el año 360, ó como él lo dice expresamente, cinco años despues del destierro de Paulino, de Eusebio, de Lucifero y de Dionisio, compuso San Hilario un tratado contra el emperador Constanzo; y se cree por algunos que esta obra, escrita con una libertad y fuerza indecible, no se dió á luz hasta despues de muerto el emperador; pero ello es cierto que fué compuesta para presentársela. Los dos primeros libros están dirigidos al mismo Constanzo; y el tercero, que es el mas enérgico y en el que algunos críticos han creído poder tachar de excesiva dureza y exageracion al santo doctor, está dirigido á los obispos de las Galias, y comienza del siguiente modo: «Tiempo es ya de hablar, pues pasado há el de callar. Clamen y den gritos los verdaderos pastores, puesto que los mercenarios huyen. Muramos por nuestras ovejas, toda vez que los ladrones han entrado y el leon quiere devorarlo todo. Preparémonos al martirio, haciendo oír por todas partes nuestros gritos.... Constanzo, yo os digo lo que habria dicho á Neron, á Decio, á Maximiano: Vos combatís contra Dios, perseguís á los Santos, abolís la Religion. Pre-

(a) ¡Preciosa leccion para los protestantes y sus hijos los jansenistas! No puede decirse que aquí está descrito su carácter, semejante en todo al de sus predecesores en el camino del error? (N. del E.)

(1) *Lib. I ad Const.*

tendeis ser cristiano, y sois un nuevo enemigo de Jesucristo. Os entremeteis en acordar artículos de fé, vos cuya vida es contraria á las máximas de la fé. La echais de doctor para introducir novedades profanas, en vez de haceros discípulo para aprender la piedad. Dais obispos á los de vuestro partido, y quitais los buenos pastores para poner otros escandalosos.... Neron, Decio, Maximiano, os damos gracias por vuestra crueldad, pues ella ha proporcionado la gloria á nuestros mártires. Pero vos, oh Constanzo, nos haceis mas mal que ellos, y sin embargo, nos quitais el consuelo de obtener la misma corona. El demonio, que sabe el arte de hacer morir á los hombres, os ha enseñado á vencer sin mucha pelea, á degollar sin espada á los hombres, á ser perseguidor sin llevar el nombre de tal, á hacer formar profesiones de fé sin tener fé. Si es falso lo que yo digo, vos sois una oveja de Jesucristo; pero si yo no digo nada mas que lo que vos habeis hecho y lo que todo el mundo sabe, entonces sois un lobo y un Anticristo.»

Hilario, en la representacion que dirigió al emperador, le habia pedido una conferencia, sobre las innovaciones y variaciones perpétuas en punto al dogma, con los arrianos juntos entonces en Concilio en la capital. Aterraronse los sectarios con esta especie de desafío, y para alejar á un antagonista tan formidable, persuadieron á Constanzo que le enviase á las Galias, como un hombre capaz de conmover todo el Oriente. Tal fué el medio de que se sirvió la Providencia para restituir al santo obispo de Poitiers á su Iglesia. Despues de esto, los acacianos hicieron cuanto quisieron.

Confirmóse la fórmula de Rimini, y se mandó á los semiarrianos suscribir á ella. Anulóse formalmente todo lo que habia ordenado el Concilio de Seleucia: se restableció á los obispos depuestos, y entre otros á